



El T-26, modelo de carro de combate del que fue conductor Carlos Blanco (Cf. Internet).

azamos

en plena Alcarria. Se estabilizó el frente. Ya empezamos a sentir la crueldad de la guerra: hambre, frío, piojos, miedo. En estos combates, una bala perdida que parece había chocado con una encina, vino dando vueltas y chocó con la correa de las cartucheras. Se la llevé de recuerdo a mi madre.

Al mes nos relevaron y fuimos a descansar a un pueblo, dos semanas. Y a la vez fuimos a relevar a otro batallón que estaba en el frente de Cogolludo. Ya era invierno. Aquellas trincheras eran profundas. Estaban hechas como para estar mucho tiempo en ellas. Allí pasamos la Nochebuena. El enemigo en algunas partes estaba a 100 metros. No podía sacar uno la cabeza porque te la volaban. El día de Nochebuena mi padre lo pasó conmigo. Allí lo pasamos muy mal. Por el día nadie podía acercarse al frente y la comida la traían por la noche en mulos. Llegaba fría, no había quien le metiera mano. Nos lo pasábamos con jamón york. Le cogimos asco. Tuvimos que hacer un pacto con los fascistas para poder salir ambos a asearnos, que era sacarse los piojos de encima. Por la noche había dos horas de insultos de parte y parte. Aquello era para morirse de risa a pesar de las circunstancias. Allí se escuchaban los insultos más raros que uno puede imaginarse. Una noche que había una neblina espesa un tipo de los nuestros estaba de guardia y parece que era fascista, o no se sabe el porqué, trató de pasarse con el enemigo. Se despistó con la niebla y regresó a nuestras trincheras dando vivas a Franco y hablando pestes de los rojos. Le tiraron el cordel y lo mordió. Cuando vio la cara de los rojos como los llamaba él, yo no lo vi pero creo que se puso colorado a pesar del frío. Se lo llevaron al capitán y no se sabe qué sería de él. No le iría muy bien. Deserción frente al enemigo y estando de guardia es un delito grave. Pasamos un invierno cruel en el frente de Cogolludo. Después de dos meses llegó el relevo. Aquella noche fue la más feliz de la guerra.

El relevo se hizo en completo silencio y orden. Duró como dos horas y emprendimos la marcha hasta donde estaban los camiones que nos llevaron a Guadalajara. A la una, más o menos, estábamos entregando las armas y después cada uno durmió donde pudo